

ISSN-0185-0636

Nueva
Antropología **20**

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

ETNIA Y NACION.

ANDRES MEDINA HERNANDEZ, Los grupos étnicos y los sistemas tradicionales de poder en México * FRANCISCO JAVIER GUERRERO, El anticapitalismo reaccionario en la antropología * MANUEL ORTEGA HEGG, JAIME VELEZ Y ECKART BOEGE, El conflicto etnia-nación en Nicaragua * LUIS CARRION, Etnia y conflicto en Nicaragua * DOCUMENTOS: Palestina y Guatemala, dos pueblos victimas del genocidio. Reunión sobre la cuestión étnica y nacional celebrada en el CEESTEM y otros.

El conflicto etnia-nación en Nicaragua

Manuel Ortega Hegg*
Jaime Vélez
Eckart Boege

PRESENTACION

Nicaragua Libre, práctica política que unifica miles de voluntades, aún las académicas. Voluntades que tienen detrás una utopía. Utopías que dejan

- * Manuel Ortega Hegg, antropólogo y funcionario del gobierno de Nicaragua; Jaime Vélez, antropólogo, Escuela Nacional de Antropología e Historia; Eckart Boege, antropólogo, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Debido a modificaciones de último momento en el presente texto, fue necesario agregar páginas a la numeración normal. Por ello, entre las páginas 66 y 67, aparecen varias páginas marcadas como 66a, 66b, etc.

de serlas y se vuelven prácticas cotidianas, y praxis que hace brotar nuevas utopías. Utopía dentro de la posibilidad, cemento aglutinador, motor de voluntades dispersas. Una revolución interpretada cotidianamente por sus dirigentes, por intelectuales, por trabajadores, por campesinos, por poetas. Pensamiento que no queda encerrado en la tinta; se vuelve praxis, interés de comandantes. No hay muchos caminos que escoger; la coyuntura demanda: REVOLUCION O CONTRARREVOLUCION — INTERVENCION YANKI, definición de todos. No hay tiempo que perder en sofismas de neurosis existenciales, de competencias académicas o "contradicciones secundarias". El proceso es colectivo y clarificador. Praxis

de una voluntad: de mantener el poder popular en armas. Ritmos que los dirigentes, —dirigidos por el anhelo popular y por las coyunturas— pueden imprimirle a un proceso. Y el proceso va; 1981, Agosto: Congreso de Ciencias Sociales en Managua, "Estado y clases sociales en Nicaragua. Cientistas sociales de Centro-América se dan cita para examinar a Nicaragua. Cada ponencia una interpretación. El FSLN está presente con dos ponencias. Otras son de guatemaltecos, hondureños, salvadoreños, mexicanos y ticos, todos marcan una voluntad: La causa nica es causa nuestra, somos parte de ella. Entre ellas una ponencia más: La contradicción Etnia-Nación dentro de la coyuntura actual. No caben aquí utopías de que los movimientos sociales de occidente son ajenos al de los grupos étnicos o del sistema de clases sociales. No caben planteamientos de autodeterminación dirigidos por grupos ligados al imperialismo. Cualquier separatismo en Nicaragua son cadenas del imperio disfrazadas de etnicismo. La soberanía popular no se discute. Es el primer paso del proceso de liberación nacional. Y condición unívoca para que puedan florecer las étnias y sacudirse así del yugo de la explotación y opresión. Esta ponencia encuentra suelo fértil en la discusión de cómo resolver la cuestión étnica. Por primera vez, las preguntas étnicas están planteadas en un proceso de liberación nacional en América Latina. Aquí una pequeña con-

tribución desde el campo antropológico y de la ENAH en que nuestro quehacer puede ser parte de una praxis.

E.B.

INTRODUCCION

El objetivo del presente trabajo es poner a discusión el problema de cómo abordar teóricamente la realidad de las minorías étnicas en Nicaragua. No es necesario justificar este tema en la Nicaragua Revolucionaria y Sandinista, pero sí quizá señalar que no es un tema ocioso. El esconde en última instancia los dos conceptos de la lucha política ideológica presente en nuestra actual coyuntura: El campo de la Revolución y el campo de los enemigos de la revolución. Igualmente nuestra revolución tiene una enorme responsabilidad ante los grupos étnicos y minorías oprimidas de América Latina, lo que obliga a buscar soluciones ejemplares a esta problemática. Los científicos sociales compartimos esa responsabilidad.

Responsabilidad que se magnifica ante el hecho no casual de la ausencia de una tradición antropológica anterior en Nicaragua, que de forma sistemática y rigurosa nos permitiera comprender la problemática de nuestras minorías. Aquí nuestra experiencia es casi total.

Por ello, nuestro trabajo pretende incursionar de forma esquemática y breve sobre los aportes más significativos en este campo de la ciencia social para inquietar a los compañeros científicos sociales sobre el tema y, a que a partir de una búsqueda científica y crítica de esa experiencia acumulada a nivel mundial, se aborde con creatividad nuestra propia problemática.

Esta ponencia es parte de un programa más vasto de investigaciones de la Dirección de Investigaciones del Ministerio de Cultura y se concibe, pues, con dos propósitos:

- a) Presentar una visión crítica sobre la experiencia acumulada en el tratamiento de la cuestión étnica;
- b) Adelantar de forma hipotética y en un primer acercamiento el uso de este instrumental teórico como punto de partida a nuestra problemática.

Nuestra pretensión es aportar lo que está de nuestra parte a la liberación y emancipación nacional, sólo posible con la Revolución Popular Sandinista.

I ALGUNOS SUPUESTOS TEORICOS DE LAS POLITICAS INDIGENISTAS

1. El Colonialismo Moderno

Antecedentes

Durante la expansión mercantil capitalista de Europa, y merced a un error geográfico, los pobladores aborígenes de América fueron sellados por lo que se ha dado en llamar la "marca del Plural". Todos, sin distinción radical, lingüística o cultural, el elemento diferencial fue generalizado, sin distinción precisa, de tal manera que los recién bautizados indios, en la creencia original de que se había llegado a las indias orientales eran "lo otro", lo diferente a lo europeo, lo atrasado etc.

Ahora bien, el desprecio subyacente del colonizador tenía un límite, dictado o establecido por su necesidad de utilizar a la población nativa para fines de su mejor y más óptima explotación. Fue en las islas caribeñas, en Cuba sobre todo, en donde los colonialistas españoles aprendieron la primera lección: No se podía exterminar a la población nativa, si se quería realizar una verdadera conquista, sino que había que proceder a su control y a su reestructuración total y a través de esa misma población se llevaría a cabo el saqueo de la región. La empresa colonial, después de la conquista militar, es acompañada, complemento básico, por las formas de control religiosa que disfrazaba de humanitarismo a la esclavitud.

vitudo y la degradación cultural de las entidades étnicas de América.

En efecto, los distintos grupos étnicos que conformaron un momento amplio de variantes culturales y lingüísticas fueron sometidos a un proceso en donde, como dice el antropólogo mexicano, Guillermo Bonfil,* la "Gran diversidad interna queda anulada desde el momento mismo en que se indica el proceso de conquista: las poblaciones prehispánicas van a ver enmascarada su especificidad histórica y se van a convertir, dentro del nuevo orden colonial, en un ser plural y uniforme: el indio, los indios". Tan es así que cuando los españoles se dan cuenta del error geográfico, cuando se confirma el descubrimiento de un nuevo continente, los indios simplemente siguen siendo los "naturales", lo no europeo. El mismo autor señala cómo en el continente se establece un sistema colonial basado en la bipolaridad, y en donde el europeo es el dominador, el indio el dominado; lo ultramarino es lo superior, lo "natural" es lo inferior. En fin, lo uno se erige como representante divino de la verdad frente al error y ante lo hereje.

El sistema colonial no sólo ocupa tierras, sino que establece nuevas formas de organización social y laboral, enseña nuevas labores a los

indígenas con la finalidad de capacitar su fuerza de trabajo, impone una nueva religión que apoye el conformismo, de tal manera que en todos los órdenes de la vida se modifica, se moldea un sistema totalitario que hizo que las comunidades étnicas rompieran con su pasado y vieran sustancialmente disminuidas sus posibilidades de desarrollo autónomo pues fueron desraizadas compulsivamente.

Cuando en los países del continente se consolidan los proyectos criollos de independencia, —proceso social cuyo soporte principal fueron las masas de origen étnico—, tanto San Martín en el Perú como Morelos en México proponen que se elimine la denominación de indios o indígenas para los pobladores autóctonos. Todos, por decreto, de intención, la disposición de los libertadores representan una nueva versión de la "marca del plural".

Porque, a decir verdad, dentro del proyecto político de la burguesía criolla latinoamericana no se contemplaba la conservación del pluralismo cultural de nuestros países. Dentro del proceso libertario, de inspiración meramente liberal, burgués y modernista, los patrones de referencia seguían importándose de Europa. De tal manera que, para dicho proyecto, lo indígena era sinónimo de atrasado, del obstáculo del desarrollo del orden burgués. Es en este momento que lo indígena se convierte en "el problema indio".

* Guillermo Bonfil, *1981 Utopía y Revolución*, Edición Nueva Imagen, México, D.F.

En la construcción de las naciones Latinoamericanas, la cuestión étnica surge como un problema político. La dimensión estaba determinada, ahora sí, por "la asimilación" de los grupos étnicos a la "Unidad Nacional", al estado nacional. En el fondo de la cuestión estaba una gran extensión de tierras explotadas —generación tras generación— por sectores indígenas; subyace el interés del liberal de aprovechar una gran cantidad de mano de obra y un potencial mercado interno que sería sujeto por las formas tradicionales de auto consumo que se daba en comunidades más o menos cerradas.

Se pensó según los condicionamientos europeos que para que se desarrollase una nación moderna se requería de una sola lengua nacional, de la homogeneidad cultural y, desde luego, del centralismo gubernamental que garantizara una sólida administración nacional. La concepción del *estado-nación burgués* se niega a desaparecer durante el siglo XIX y no se identifica con los sectores étnicos. El "indio" sigue siendo indio; representa un problema al cual urge encontrarle solución. La experiencia nos dice que los experimentos por asimilar a los grupos étnicos no siempre, casi nunca, dieron los resultados esperados. Consecuencia obligada de los mecanismos burgueses que, de manera ficticia, identificaron al estado con la nación, procedimiento tras el cual se para-

petan los sectores económicamente dominantes. En el intento de hacer coincidir ciudadanía y nacionalidad, se prolonga la historia del sometimiento y la degradación cultural, pues no bastaba el mero voluntarismo para borrar todos los condicionamientos étnicos-culturales.

Con todo, a lo que queremos llegar después de este breve repaso histórico, es el momento en que, se empieza a diseñar políticas de "incorporación" que pretenden acabar, se dice, con la situación marginal de los grupos étnicos respecto al proceso de desarrollo del sistema capitalista, y es así como nacen las políticas indigenistas explícitas.

En los últimos años se hicieron múltiples estudios tendientes a definir o a establecer quienes podían ser catalogados como "indígenas". El interés fundamental respondía a la necesidad de ubicar los elementos diferenciales específicos de sectores sociales aún no homogenizados, pero que fueron vistos como factores obstruyentes a la consolidación capitalista moderna.

La finalidad última consistía en establecer mecanismos, que según el lenguaje de los antropólogos norteamericanos de la escuela culturalista, permitieran la "aculturación" del indio.

Sustentando en un disfrazado evolucionismo unilineal decimonónico, el culturalismo de manufactura norteamericana proponía que a las entidades étnicas se les podían ahorrar

algunos peldaños evolutivos por lo que las sociedades occidentales ya habían transitado, de tal manera que se les sometiera a un proceso de aceleración histórica que, a corto plazo, los nivelara con nuestros sistemas de "civilización". Metafóricamente, los indígenas serían inyectados de cultura occidental, con nuevos avances técnicos, de tal forma que se modificara lo que se considerara como su intrínseca actitud propensa a lo tradicional, a lo atrasado.

En poco tiempo se demostró que tales principios, de corte neo-colonialista, estaban condenados al fracaso.

La teoría del colonialismo interno

En la búsqueda de nuevas alternativas, más originales y progresistas surge una concepción que se pone de moda y causa una gran polémica en todo Latinoamérica: la teoría del colonialismo interno. Apoyada en el criterio de que nuestras sociedades Latinoamericanas mantenían herencia de trescientos años de coloniaje, una estructura dual en donde coexistían dos modos de producción, uno de los cuales era marginal atrasado, tradicional, resistente al cambio, etc.; y otro moderno, dinámico, cien por ciento capitalista, que sometía y determinaba al primero. En esta dualidad, obviamente el indígena se inscribe, condicio-

nándolo, en el polo atrasado como si fueran áreas sociales no tocadas por el desarrollo del capitalismo.

Influenciados por estas corrientes de pensamiento latinoamericanas y los científicos mexicanos Pablo González Casanova, Gonzalo Aguirre Beltrán y Rodolfo Stavenhagen argumentan que para impulsar el desarrollo de nuestros países, es necesario implementar programas de asistencia que disloquen las bases de este sistema dual, de tal manera que se suprimen las áreas atrasadas que determinaban formas de dependencia que se denominó como colonialismo interno. Se pensaba que las áreas "periféricas" al interior de nuestros países, favorecían el subdesarrollo, y el lento desenvolvimiento de las áreas más dinámicas de la economía. Fue esta corriente la que inspiró buena parte de la política indigenista en varios países de América Latina, sin comprender, como se demostraría más tarde, el mantenimiento de áreas "marginales" era un fenómeno consustancial en los países del capitalismo dependiente. Quizá el mayor mérito de esta corriente fueron sus estudios que, más que analíticos se destacaron por su brillantez descriptiva y por sus señalamientos respecto al tipo de explotación *sui generis* en que se mantenían las comunidades indígenas. En efecto, las teorías del dualismo mostraron cómo los elementos culturales diferenciales de los grupos étnicos favorecían formas mucho más virulentas

de explotación comparado con el ritmo laboral de los obreros industriales concentrados en las ciudades.

Es necesario mencionar los antecedentes originales de esta concepción que se remonta a los trabajos del brillante intelectual peruano J. Carlos Mariategui, quien en sus "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", estableció los primeros elementos analíticos de la concepción dualista, indicando que, en la medida que se mantuvieran los sectores tradicionales de nuestras sociedades, se retardaba el proceso de conformación del proletariado industrial, mismo que, históricamente debería conducir la moderna revolución social Latinoamericana. Para Mariategui la diferencia entre países desarrollados y países atrasados radica en el carácter distinto de sus respectivas burguesías: protestante y liberal, emprendedora, en los primeros; católica y conservadora en los segundos. Así el tratamiento sobre la cuestión indígena que unos y otros hicieron en sus respectivos países consolidó o impidió el desarrollo de la libre empresa. El teórico peruano conserva su esperanza respecto que las comunidades indígenas podían facilitar el tránsito a una sociedad basada en la fraternidad socialista, nacionalista progresista.

Las políticas 'integracionistas' hacia las minorías étnicas nacionales han fracasado en el ámbito de los países dependientes y sojuzgados por el imperialismo. La razón de que siga sub-

sistiendo discriminación, racismo, destrucción colonial, explotación y opresión reside en la misma naturaleza del desarrollo desigual capitalista, en explotación. Dos serán las tendencias que irán a criticar y buscar prácticas distintas a las oficiales. La tendencia calificada en los círculos académicos como corrientes etnicistas y aquellas con inspiración marxista.

Las respuestas etnicistas

En la conformación de las respuestas etnicistas a la cuestión étnico-nacional han confluído dos momentos importantes. Por un lado, la poca atención que daban los organismos políticos de inspiración marxista de izquierda tradicional, a la problemática étnico-nacional. Por otro lado, el desencanto que sufrían las élites intelectuales surgidas de los propios grupos étnicos que después de haber pasado por toda clase de políticas integracionistas del indigenismo oficial comenzaban a preguntarse sobre su propia identidad. La ceguera de varios grupos de izquierda en América Latina estribaba fundamentalmente en considerar a la manera clásica (europea) el problema de las clases sociales en nuestros países sin pensar en las posibles especificidades y realidades sociales diferenciadas. Abordar el problema étnico-nacional simplemente como un problema de las clases sociales sin considerar su especificidad polí-

tico-cultural y organizativa es un reduccionismo economista de la realidad. A este tipo de 'marxismo' se han referido frecuentemente las corrientes etnicistas. La reacción etnicista al problema étnico-nacional es hacer lo inverso que hacen los reduccionistas que hablan en nombre del marxismo. Enfatizan sobre el aspecto colonial, (la nación y/o occidente en contra de los grupos étnicos), apelando a un derecho "aboriginal" (las etnias existían antes que los estados nacionales actuales) idealizando un origen supuestamente idílico como la esencia de lo étnico, esencia que hay que reconstruir (la solución es el retorno a las fuentes). Asimismo se niegan a aceptar que pertenecen a un sistema de clases dentro de una sociedad mayor. Justamente al enfatizar que la contradicción general única y básica es la del grupo étnico-nacional vs occidente (contradicción que no debe negarse pero tampoco sobrevalorarse) los etnicistas desarrollan su utopía alrededor de los lazos comunales agrarios como la perspectiva histórica del grupo. Sin embargo hay diferencias, a veces considerables, dentro de las corrientes etnicistas. Algunas propugnan la alianza con otros sectores explotados y oprimidos de la sociedad. Otras ven en los obreros y campesinos que no tienen una identidad étnica, un producto lamentable de occidente pero que nada tienen que ver con ellos. Varias interrogantes surgen respecto a los

planteamientos de los etnicistas respecto a la cuestión étnico-nacional. ¿Por quién o quiénes se plantea la salida etnicista a la cuestión? ¿Son planteamientos de los propios movimientos nacidos en los grupos étnicos o bien de intelectuales salidos de las comunidades que ante su crisis de identidad tratan de encontrarla con la ideología "del retorno a los orígenes?" El rechazar el carácter de clase o clases sociales de la situación étnico nacional no es negar la forma específica en que la explotación capitalista se realiza en sus grupos y con ello soslayar todo tipo de alianzas con otros sectores oprimidos y explotados? ¿Cuál es el objetivo de plantear la utopía agraria en una sociedad industrial (por desastrosas que sean las consecuencias del desarrollo capitalista?) ¿Todo desarrollo de las fuerzas productivas se inscribe dentro del maleficio del ecocidio y del etnocidio? ¿Hay una esencia étnica que perdura inminentemente en toda la historia? ¿Necesariamente las minorías étnico-nacionales entran en contradicción con lo que es el estado-nación o poder central sea cual fuere su naturaleza?

En este trabajo no quisiéramos responder a estas preguntas y sí hacer una constatación. Hoy en día no se puede plantear ninguna reivindicación aisladamente: o se hacen dentro del sistema imperialista o bien dentro de los procesos de liberación nacional de los pueblos y éste será nuestro parámetro principal de análisis.

II UNA SUGERENCIA DE MARCO TEORICO

Una vez criticados los marcos teóricos que albergan las políticas hacia las minorías principalmente en el campo capitalista en América Latina a saber: el relativismo cultural, marginación, aculturación, integración a la cultura nacional, colonialismo interno; y a sus críticos que vienen desde una lectura economicista del marxismo así como desde el etnicismo, intentaremos abordar la cuestión de las minorías a partir de las experiencias teóricas y prácticas diferentes, tanto del campo socialista como del llamado tercer mundo.

Este marco teórico nos servirá como guía general para sugerir una política de investigación para la Costa Atlántica dentro del proceso revolucionario actual.

Estamos hoy ante un proceso de liberación nacional. Nuestro pueblo armado comandado por el FSLN se sacude del yugo imperialista, neocolonial, y de las burguesías vendepatrias. En esta particular situación, la relación entre la lucha de liberación nacional, la lucha de clases y la ubicación de las minorías étnicas adquiere una fisonomía singular. Los intentos revanchistas de la burguesía vendepatria aunados con los intereses del imperialismo podrían utilizar cualquier medio a su alcance para generar figuras dentro de la unidad del pueblo, incluyendo las minorías étnicas. Es precisamente por este

peligro que la unidad de todos los sectores explotados y oprimidos se hace absolutamente necesaria. Dentro de este marco se desarrolla el espíritu de nuestra investigación.

Dentro de la configuración particular creada por el imperialismo en nuestro país, asignando distintas tareas económicas a diferentes regiones, según los requerimientos del mercado mundial, tenemos por primera vez un proceso de liberación nacional en América Latina que enfrenta la cuestión de las minorías étnicas. Como un aporte a este reto intentaremos establecer con claridad lo que tiene en común y lo que tiene de diferente el Estado y la nación, su conformación de clase y la formación de las minorías étnicas. Nuestro problema teórico-político es pues, como ubicar las contradicciones etnia-clase-cultura-nación-estado dentro del proceso de liberación nacional. Podríamos comenzar haciendo una constatación: el número de Estados en el mundo entero es mucho menor que el de las naciones o pueblos diferenciados y más del 9 por ciento de los pueblos forman parte de Estados multinacionales o bien multiétnicos. Esto nos lleva a preguntarnos cual es la diferencia entre Estado y nación y la ubicación de las minorías en ellas. Para abordar las minorías en una situación como la nuestra, emplearemos dos vertientes de un mismo método. Uno que analiza la conformación de las minorías desde el punto de vista histórico y otra que

ubica a las étnias desde su situación lógico-estructural. Sólo mediante este método podemos definir cual es la relación exacta entre la existencia de minorías de origen étnico, la organización de clases sociales y la vinculación con el Estado de liberación nacional.

La ubicación exacta de esta problemática no sólo contiene un interés teórico metodológico, sino que se relaciona con una praxis ya definida por el estado revolucionario. No pretendemos dar respuestas definitivas. Nuestro afán es de búsqueda para presentar algunos elementos que contribuyan a la discusión de la cuestión étnico-nacional.

La contradicción. Minorías étnico-nacionales, clases sociales, cultura, nación y Estado

En la discusión y en las diferentes prácticas que se han realizado desde diferentes campos teórico-políticos lo que queda claro es que no existe hoy en día una minoría que no esté vinculada a un estado. Es posible que haya estados que no reconozcan su existencia y que lleven a cabo políticas etnocidas o hasta genocidas. Sólo la praxis transformadora de las clases populares en el poder ha llevado a diferenciar entre naciones, minorías étnico-nacionales y Estados. Lo que define a las naciones es la comunidad cohesionada generalmente en un territorio, unificada y con-

formada en mercados locales y regionales. Estos mercados regionales son organizados a su vez, por el mercado mundial dentro de la división internacional del trabajo. O sea, para la conformación de una nación es absolutamente imprescindible la comunidad económica en el interior y frente al exterior. Dentro del proceso de intercambio y de desarrollo de los mercados, las lenguas se han unificado, desapareciendo o recreándose a veces algunas formas dialectales de las mismas. Dentro de una misma nación, con su comunidad territorial, lingüística y económica, puede haber clases antagónicas. Es más, la fisonomía específica de una nación frecuentemente se construye alrededor de la articulación económica con el mercado mundial y según la forma en que se desarrolla la hegemonía de la clase dominante. La presencia de la lucha de clases va permeando y relacionándose con la lucha nacional. Esta presencia de la lucha de clases antagónicas no excluye de modo alguno el carácter de la nación como comunidad estable. La comunidad nacional no desaparece por profundas que sean las contradicciones de clase. La lengua es uno de los aglutinadores de la cultura y portadora de la interpretación de mundo, según los intereses hegemónicos o los intereses de las clases subalternas. Pero además existen de alguna manera rasgos sociales comunes, a pesar que la clase dominante puede tener nociones, costumbres

y principios morales radicalmente diferentes. Dentro del proceso de hegemonía de clase, la burguesía intentará retomar, reubicar y refuncionalizar los elementos de clase subalterna para enfrentar su propio proceso o desarraigo cultural que genera el mercado y la cultura colonialista e imperialista. Esta enajenación de la cultura del pueblo es parte de la formación de la cultura de una nación ligada al capitalismo y el neocolonialismo. Sin embargo, todos estos elementos no implican que la nación sea idéntica al Estado que la cobija. Pueden existir bajo un solo Estado múltiples naciones, o dentro de una nación, transitoriamente, varios Estados. A pesar de ello la tendencia de las clases dominantes es convertir y hacer compatible una nación con un estado propio, que le garantice un solo comando jurídico-político y cultural del mercado interno.

Las minorías nacionales son entonces amplios grupos humanos que tienen una comunidad económica, de idioma, de organización, de la cultura y territorial. Adquieren el estatus de minorías oprimidas en la medida en que la sociedad mayor y el Estado no las reconozcan como tales, y que no participen en sus decisiones.

La lucha política de estas minorías es frecuentemente manipulada por las clases dominantes, levantando la bandera del separatismo pretendiendo con ello escindir a las clases dominadas de la nación opresora de

las clases dominadas de la sociedad oprimida. Sin embargo, en la configuración actual del capitalismo, puede suceder que nacionalidades enteras se estén relegando el campo de las clases oprimidas. Más aún, dentro de los grandes movimientos poblacionales, generados por el propio desarrollo desigual del capitalismo, hay minorías que no tienen territorios comunes y que son brutalmente explotadas, no sólo en tanto que son trabajadores a secas, sino trabajadores pertenecientes a estas minorías.

Una vez deslindada provisionalmente la relación que existe entre las clases sociales Estado y nación(es) y minorías nacionales habría que preguntarse cual sería la diferencia entre ETNIA y NACION.

Históricamente, los grupos étnicos o etnias, en el largo período de las formaciones precapitalistas y preclasistas se organizaban fundamentalmente bajo un eje rector: las relaciones tribales se establecen alrededor del parentesco y la división del trabajo por sexos y edades (aunque no exclusivamente). Hay pues una estrecha relación entre la organización socioeconómica y la estructura de parentesco. Sin embargo, la sociedad de clases precapitalista primero, y después, la colonial e imperialista va reubicando y refuncionalizando estas relaciones. Así, las etnias dejan de ser configuraciones socioeconómicas que tienen como eje central las estructuras de parentesco. A pesar

de esta tendencia histórica, también es cierto que en las áreas coloniales y neocoloniales, bajo el mando del imperialismo, las relaciones de parentesco juegan un papel importante en la medida en que el mercado y la forma de subsunción del trabajo por el capital no destruyan las relaciones antecedentes sino que las refuncionalicen. En los países africanos, y a veces en los nuestros, se puede observar esta tendencia. Lo que va definiendo a estos grupos, no es solamente su carácter de trabajadores al servicio directo o indirecto del capital, o que se presenten rasgos tribales, sino precisamente su relación con el exterior. Cuando sucede esto, ¿tenemos ante nosotros una nacionalidad? La respuesta sería que es el mercado y las relaciones capitalistas las que han dejado trunca la posibilidad de que estas minorías se conviertan en una nacionalidad. Solamente cuando la economía y los estados modernos reagrupan estas minorías en entidades mayores forjando agrupaciones sociales complejas y diferentes, cuando ya no les une el lazo de parentesco como organizador primordial y cuando han creado instituciones mayores podemos hablar de nacionalidades. La formación de las nacionalidades es, pues, en muchos casos, un proceso de descomposición y recomposición diferentes de rasgos étnicos. Por otro lado, podemos definir como minorías étnicas aquellas poblaciones que tienen una cultura, un idioma, a veces

territorio y economía en común, pero que a diferencia de las nacionalidades no forman configuraciones sociopolíticas mayores. Además tienen el carácter de pertenecer mayoritariamente a las clases explotadas, generalmente en el sector agrario. La fragmentación de las minorías de origen étnico forma parte de la lógica del capital. Su idioma es destruido o sufre procesos de empobrecimiento. Cuando domina la forma campesina de producción la fragmentación sociopolítica es mayor. En muchas ocasiones, son las instituciones exteriores o el propio caciquismo (entre el sentido mexicano de la palabra) quienes organizan estas etnias y median con él. Es frecuentemente que las iglesias, especialmente las protestantes, se ubican dentro del proceso de destrucción y descomposición de estas minorías, respondiendo, desde el punto de vista exterior, a la crisis ético-social que genera el capital en estas sociedades. Sin embargo también es cierto que lo étnico y su cultura generalmente ligada a la actividad agraria, se convierte en la referencia unificadora de resistencia particular de la clase subalterna.

No quisiéramos concluir con este breve marco teórico sin referirnos de manera general a la cuestión del problema de la soberanía nacional y a la atomización regional que nuestros países sufren dentro del desarrollo del capitalismo. Algunas de estas etnias se convierten en fuerza

de trabajo de las plantaciones, otras desaparecen o se refuncionalizan manteniendo un carácter tanto campesino como proletario, otras se dividen, inclusive según la división técnica del trabajo. La misma proletarianización, depauperación no proletaria, recampesinización, destrucción y recreación de un artesano, no son sino producto de procesos internos dentro de una nación o naciones según la cístole o diástole de los requerimientos del mercado mundial y sus crisis cíclicas.

Este fenómeno social no sólo sucede con las clases subalternas sino también con la formación de las burguesías dependientes o remedos de ellas. La burguesía se organiza según los intereses contradictorios de un mercado interno y los requerimientos del mercado mundial y su reproducción. La lucha fraccionaria por el control del aparato de estado refleja frecuentemente estas contradicciones. Por otro lado, cuando hay una economía de enclave o de plantaciones, se sustituyen sectores de lo que pudiese conformar una burguesía local por administradores de las compañías monopolistas. Estas compañías controlan regiones enteras, fragmentando el carácter de la nación y la construcción de un proyecto político nacional. En este orden de cosas, la soberanía nacional no se cumple. La economía de enclave a veces organizada por las propias compañías mono-

pólicas del imperialismo constituyen Estados dentro del Estado. Con frecuencia estas compañías tienen sus propios sistemas financieros, de comunicaciones, de coerción y educación. Así, pues, la soberanía en los países dependientes, en especial la que domina la economía de enclave y de plantaciones, no puede garantizarse por la burguesía, y el ejemplo nicaragüense nos enseña que sólo el pueblo en armas (bajo el comando de Sandino primero y luego por el FSLN) es capaz de concluir esta tarea burguesa rezagada. Desde otra perspectiva, la cuestión de la soberanía se vuelve especialmente crítica cuando la no integración del mercado interno estructura las clases sociales y etnias por regiones. O sea, el carácter no unificador de la economía de plantación y de enclave, hace que la soberanía sea lesionada constantemente por los países imperialistas o sus compañías. En un proceso de liberación y de recuperación de la soberanía nacional ¿cuál podría ser la ubicación de las minorías étnico-nacionales oprimidas y explotadas, cuyo proceso de convertirse en nación se ha quedado trunco? Lo que se destaca primero es la liberación del yugo imperialista y de sus intenciones de fomentar la contrarrevolución. En este sentido es esencial la unidad de intereses, en la recuperación de la soberanía nacional. Esto significa el desarrollo cabal de las minorías no puede concebirse aisladamente de los pro-

cesos generales del país. Solamente el pueblo organizado en un Estado de liberación nacional, puede garantizar que la soberanía conquistada no sea lesionada. Bajo estas condiciones se puede desarrollar la integración nacional del mercado bajo las *formas de desarrollo iguales* y romper con la estructura socioeconómica desigual. El libre desarrollo no significa para las minorías étnicas que "regresen" a un pasado o se mantengan tal como el imperialismo y el colonialismo, las forjó. El hilo conductor de su desarrollo es la emancipación como *clase explotada y como minoría oprimida*. Por eso la integración no significa asimilación, sino creación de condiciones materiales que les permita mantener y desarrollar su especificidad, dentro del proceso de transformación revolucionaria de las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales.

El capital, en su división internacional del trabajo, ha castrado y a veces liquidado pueblos enteros no permitiéndoles la consolidación como naciones aún dentro de un mismo Estado. Solamente la formación de un Estado que recupere la soberanía nacional bajo el mando del bloque de las clases populares, pueden emprender la tarea de fomentar la ayuda mutua, protección y relaciones igualitarias con participación en este bloque de las minorías, única garantía para que dejen de ser oprimidas y florezcan en toda

su especificidad cultural. Aquí se crea por primera vez la condición que de los intereses de las minorías puedan expresarse como los intereses de clases explotadas, y a la vez como minoría étnico-nacional. Ante la atomización etnocida del capital imperialista, los grupos minoritarios se convierten en trabajadores que superan en la práctica, antiguas contradicciones entre las etnias y con el resto de la nación. La base de su emancipación es el desarrollo igual que se implementa con la planificación o unificación de los recursos naturales y humanos. Así mismo el pueblo organizado dentro del proceso revolucionario con la especificidad regional étnica desencadena el fortalecimiento de su conciencia, de sus reivindicaciones justas y de poder ubicarse dentro de un proceso general. ¿Desaparecerán en este proceso los rasgos étnicos y/o nacionales específicos? No, al contrario, sólo la política de igualdad de condiciones, de las minorías con el resto de la sociedad, con el reconocimiento de su especificidad política, social y cultural y de la emancipación conjunta con las demás clases subalternas, se garantiza el florecimiento de la cultura, del idioma, de su particularidad. Su participación en la gestión política y económica en un plano de igualdad puede garantizar este proceso. También es absolutamente necesario que la población de estas minorías tengan igualdad de oportunidades en cuanto

a trabajo, educación y comunicación con cualquier parte del país. Por ello es necesario que exista una lengua unificadora, que en Nicaragua es el español, sin menoscabo de los idiomas regionales. Bajo esta perspectiva el Estado actual se puede definir como un estado multiétnico, que en un futuro podría ser un Estado Multinacional Unitario, sobre la base de la igualdad y el respeto mutuo de los grupos étnico-nacionales que en él se albergan.

III NOTAS SOBRE LA HISTORIA DE LA EXPLOTACION Y OPRESION ETNICAS EN LA COSTA ATLANTICA

En este apartado de nuestra ponencia no pretendemos aportar resultados de una investigación ya realizada, nuestro interés es señalar a manera de ejemplos, algunos elementos importantes que se desprenden a manera de hipótesis, de un primer acercamiento a la problemática de la Costa Atlántica.

Empezaríamos señalando al menos dos singularidades de la cuestión étnica nicaragüense, que parecen no tener antecedentes en el contexto de la problemática minoritaria del capitalismo del subdesarrollo. En primer lugar un análisis de carácter histórico nos revela la forma particular en que se ligó e integró esta región a la sociedad nacional de clases y al sistema mundial del colo-

nialismo y del imperialismo. Los grupos de la Costa Atlántica a diferencia de la mayoría de los grupos indígenas de América Latina, no son integrados al capitalismo a través de la conquista militar directa ni forzados a cristianizarse por medio del violento proceso de conversión que caracterizó a la colonización española, la intervención inglesa nos recuerda los antecedentes del INDIRECT RULE (la administración indirecta) utilizada posteriormente por los europeos en otras regiones coloniales del planeta.

El equilibrio de fuerzas provocado por el conflicto permanente entre los poderes coloniales por las posesiones en América permitió una autonomía relativa de las etnias de la zona y la inserción de las mismas a la dinámica del capitalismo a través del colonialismo británico y posteriormente, del imperialismo norteamericano. De esta manera asistimos a un proceso verdaderamente único en la historia de las minorías étnicas de nuestra América, un proceso integrador, en lo económico y en lo cultural, por lo que un grupo autóctono realiza el proceso de control y dominio de la región y en donde ese mismo grupo es también pacíficamente controlado y dominado por los ingleses. Nos referimos al grupo miskito.

Esta forma peculiar de dominio colonial adoptó un modelo económico cuyo eje se ubicó en la explotación de una fuerza de trabajo per-

manente, creada totalmente por el colonizador inglés (y refuncionalizada posteriormente por el imperialismo norteamericano): el grupo creol (los negros). Grupo compuesto fundamentalmente por esclavos, obligados a adoptar la lengua del amo, coaccionados a una disciplina laboral "moderna" y no ligado a medios de producción, todo lo cual facilitó su papel, primero de garantía del proceso de trabajo de las plantaciones y luego de intermediarios de la economía que con características de esclavos se desarrolló en el Atlántico.

Este modelo económico permitió que los grupos étnicos que en ese período no eran necesarios a la reproducción del capital, o mantuvieron intactas sus bases materiales (el acceso a la tierra y a la pesca) o fueron impelidos a desplazarse a regiones que presentaban notorias desventajas en cuanto a su aprovechamiento económico. Este proceso significó la desaparición de unos 7 u 8 grupos étnicos entre 1502 y 1950.

La penetración imperialista norteamericana de fines del siglo XIX y el XX, refuncionalizó este modelo introduciendo con mayor claridad una división étnica del trabajo en donde los negros y "españoles" ocupaban los puestos técnicos intermedios y los miembros de las étnias los puestos de trabajo más rudos, difícilmente peligrosos y peor remunerados. La articulación al mercado mundial imperialista implicó una pro-

letarización selectiva más profunda en las comunidades indígenas y el aprovechamiento de sus características (desde 1849), la segregación en la ocupación de los espacios residenciales y la opresión étnica consecuyente. El retiro de las compañías extranjeras por la década del cincuenta de nuestro siglo, significó el repliegue a actividades de subsistencia y una especie de regresión que se manifestó en todos los ámbitos de su realidad.

Estos rápidos antecedentes nos permiten destacar la segunda singularidad de la Costa Atlántica: la forma en que ésta región se ubica en el proceso de la formación nacional de Nicaragua. La debilidad del capitalismo dependiente nicaragüense explica la incapacidad de las clases dominantes para unificar el territorio con base a una economía de mercado que uniera al país bajo la hegemonía de un poder estatal fuerte. Articulada al sistema mundial imperialista y reorganizada de acuerdo a las necesidades de acumulación del capitalismo mundial, la formación social nicaragüense acusó las consecuencias clásicas del desarrollo económico y político de forma desigual, propia del capitalismo.

El Estado oligárquico nicaragüense posterior a la independencia, con una base material terrateniente y ganadera, atravesando por las pugnas de las potencias, sólo vislumbrará el Atlántico como una región susceptible de recuperarse

o negociarse con esas potencias para aprovechar sus recursos materiales y estratégicos. En estas condiciones, las concesiones de tierras a extranjeros adoptan las características propias de un Estado débil, cuya soberanía era disputada y discutida por los detentadores de las concesiones y las formas políticas en que las potencias organizaban el territorio que explotaban. El juego de las potencias que tomaba como bandera la supuesta defensa de uno de los grupos étnicos, los miskitos, no era más que una forma de oponerse a ese poder y restringir su soberanía.

El primer y único proyecto nacional de la clase dominante nicaragüense tendrá su expresión política en el gobierno liberal de José Santos Zelaya. Surgido de la necesidad de crear un "estado fuerte", que reorganizara la dominación interna bajo la hegemonía de la burguesía cafetalera naciente y en un período de ruptura de la correlación de fuerzas internacionales a favor del imperialismo norteamericano, el Estado liberal de Zelaya intentará imprimir a su gestión un contenido nacional amplio. La creación de un ejército profesional en el país dotado de armas modernas, la modernización de la administración estatal, la creación de una infraestructura adecuada a las necesidades del intercambio, la liberación de la fuerza de trabajo asalariado, los proyectos de unir con un ferrocarril al Atlán-

tico con el Pacífico y, en suma, la delimitación de las fronteras de dominación del nuevo estado, que implicaba la creación de una conciencia nacionalista, son todos los elementos del proyecto impulsado por la burguesía nicaragüense.

Aprovechando las contradicciones inglesas-norteamericanas, el Zelayismo se apoyará en éstos últimos para conseguir la reincorporación total del territorio de la Costa Atlántica a Nicaragua. Pero ni aún así el nuevo estado consiguió establecer una auténtica soberanía nacional. La búsqueda del progreso del país implicaba abrir las puertas a la migración extranjera, que permitiera la inversión y la presencia de "gente civilizada" que enseñara a la naciente burguesía cómo profundizar el capitalismo en el país. La penetración norteamericana fue intensa. Según datos de CIERA, para la Costa Atlántica la política de concesiones de tierras significó dejar en manos extranjeras el 10.3 por ciento de la superficie del departamento de Zelaya.

Para la burguesía nicaragüense la Costa Atlántica no era más que un rico potencial para hacer negocios y su población una serie de grupos "salvajes e incivilizados", como dirá José Madriz, a quienes había que enseñar el camino de la civilización y el progreso que traían los civilizadores extranjeros. La integración de esos grupos se buscó a partir de la homogeneidad a nivel nacional. El Estado liberal burgués

confundi6 deliberadamente al Estado como naci6n, tom6ndolos como equivalentes, lo cual significaba, entre otras cosas, una sola lengua, una sola cultura en un solo mercado nacional. El prejuicio de la inferioridad 6tnica y la desvalorizaci6n de las culturas propias, propici6 a6n m6s la opresi6n hacia estos grupos. La segregaci6n social y la desigualdad en que eran colocados, no hizo m6s que acentuar su sujeci6n a las clases dominantes locales, que empezaban a invadir la Costa Atl6ntica y al imperialismo, que reorganizaba la economi6 de enclave como peque6os estados, donde la ley y la fuerza que imperaban no eran precisamente las del estado burgu6s local. No hace falta decir que este proceso se agudiza con la intervenci6n militar directa norteamericana, posterior a la ca6da de Zelaya y el truncamiento de su proyecto nacionalista burgu6s.

La entrega del territorio al capital norteamericano y sus socios locales se lleva al extremo con el somocismo. En este per6odo se profundiza una pol6tica de tipo neocolonial, que garantizaba la extracci6n de los recursos naturales y consolidaba la divisi6n del trabajo, mientras se manten6a la "autonomi6" relativa de la zona respecto al Pac6fico, intim6ndose las relaciones econ6micas, ideol6gicas y culturales directas con el imperialismo norteamericano. La divisi6n de los explotadores y oprimidos para atomizarlos

y evitar que sumaran fuerzas, fue una pol6tica habitual del somocismo.

Por todo lo anterior, es evidente que ninguna de las clases o fracciones de clase dominantes locales que se repartieron el poder en la historia anterior al 19 de julio dieron una respuesta favorable a la igualdad social y econ6mica y al fomento y florecimiento de las culturas propias de las minor6as 6tnico-nacionales. Tampoco la pod6a dar el imperialismo. Ni la di6. Tampoco la podr6 dar una contrarrevoluci6n que busca regresar a las viejas formas de explotaci6n y opresi6n.

S6lo la Revoluci6n Popular Sandinista ha dado pasos gigantescos en ese sentido. As6 se debe entender la b6squeda de superar el desarrollo desigual de la regi6n con el resto del pa6s. Bajo el respeto y fomento de las particularidades 6tnico-culturales de los grupos 6tnicos, s6lo es posible bajo un poder que se ha propuesto desterrar la explotaci6n de una clase sobre las otras, y por lo tanto, destruir la opresi6n 6tnica, que es una de las formas de la opresi6n de clase. Derribar la dominaci6n de la clase explotadora es condici6n para abolir el sistema de opresi6n, materializar la igualdad nacional y establecer nuevas relaciones.

Esa condici6n se est6 cumpliendo y ha comenzado con las enormes dificultades de una revoluci6n aut6ntica, el proceso de liberaci6n nacional de defensa de nuestra so-

beranía, de nuestra autodeterminación de emancipación y florecimiento de los grupos étnicos, cuya supervivencia sigue demostrando que su capacidad de resistencia a la explotación y la dominación y que hay garantía de la nueva sociedad sandinista que como un solo puño, sabremos unidos llevar hasta el final.

UNA ACLARACION NECESARIA:

Desde que se escribió el trabajo aquí presentado, el conflicto etnia-nación en Nicaragua se ha agudizado dramáticamente.

El proceso revolucionario abrió las puertas para que las minorías étnicas plantearan sus reivindicaciones propias. Lo hicieron desde un inicio, aglutinándose con el aval sandinista en la organización MISURASATA; además tuvieron su representación en el Consejo de Estado (una especie de parlamento), se ratificaron las tierras comunales bajo una administración propia, se impulsó la comercialización de sus productos sin intermediarios, y se hizo la gran campaña de alfabetización en las lenguas autóctonas. Además se nacionalizaron las minas y la flota pesquera que estaban en manos de los yanquis y de Somoza. Sin embargo, la revolución sandinista entró paulatinamente en contradicción con las élites miskitas que, de una manera importante, estaban vinculadas a la jerarquía

de las iglesias protestantes, en este caso la morava, las cuales temían que perderían su poder y su influencia en la medida que la revolución avanzara. La iglesia morava, controlaba la educación, la medicina y proyectos de cooperativas que se fomentaban con ayuda de iglesias norteamericanas.

La contradicción etnia-nación se agudizó en el momento que las élites transformaron sorpresivamente la reivindicación inicial de la ratificación e implementación de las tierras comunales, en la exigencia de la mitad del territorio nicaragüense (aproximadamente 40 000 kilómetros cuadrados); además de que los recursos naturales y mares serían explotados exclusivamente por ellos. La argumentación básica que sostuvo la demanda fue la del "derecho aborigen", el cual sostiene que los miskitos habrían ocupado por milenios ese territorio y que la nación nicaragüense no tiene ni 140 años de vida. Independientemente de que es falso que los miskitos han existido tantos años (son producto de la fusión de varias etnias, fusión que impulsó el colonialismo inglés), e independientemente de que los miskitos no han ocupado ese territorio permanentemente sino solamente las orillas de los grandes ríos, el haberse basado en la argumentación del "derecho aborigen" indica que se retoma el tema de la misma forma en que lo han planteado algunas corrientes del etnicismo, las

cuales polarizan en el análisis de la cuestión étnica el aspecto grupo autóctono vs occidente. Nosotros no negamos que exista esta contradicción. Sin embargo, pensamos que no hay de forma inmanente una esencia étnica, sino que ésta es producto de los grandes procesos históricos y de la forma específica de como resisten los grupos sociales y las clases explotadas. La argumentación del "derecho aboriginal" es un pretexto que se da en un momento preciso para golpear la revolución Sandinista. Prueba de ello es que todos los intelectuales (no el pueblo miskito) que han levantado la demanda se han pasado activamente a la contrarrevolución. Fagoth, uno de los "líderes" de la organización que se creó a raíz de la revolución, se pasa a Honduras y se lleva en su huida a ocho mil miskitos (según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas). Se alía a las bandas somocistas y utiliza la radio 15 de Septiembre que según el Newsweek es financiado por la CIA. Otros "líderes" que aparentemente habían roto con Fagoth y que siguieron reivindicando la mitad del territorio nicaragüense para el 5 por ciento de la población total, se integran a los proyectos contrarrevolucionarios formando una nueva organización contrarrevolucionaria con Robelo (el líder de la burguesía nicaragüense) y Pastora. A raíz de este paso a la contrarrevolución de la élite miskita, ha quedado clara la trama y la estra-

tegia imperialista: de desgajar el territorio nicaragüense para así golpear mortalmente a la revolución sandinista. Lo que parecía que eran demandas étnico-nacionales se ha convertido en un pretexto para la intervención. Dentro de esta coyuntura ¿qué pasa con el pueblo miskito? El imperialismo ha logrado dividirlo y enfrentar miskitos con miskitos. La dirección nacional del FSLN y el gobierno nicaragüense no ha dejado de lado las reivindicaciones específicas de los grupos étnicos. Insiste en la ratificación de las comunidades, en la enseñanza básica en lenguas autóctonas, en administraciones locales desarrolladas por los propios grupos, en negociar de como se explotarán los recursos naturales en beneficio no sólo del grupo sino de toda Nicaragua, etc. Sin embargo, la coyuntura es extremadamente delicada ya que la invasión —contrarrevolución comandada por los yankis es inminente. Por eso es necesario discernir claramente quien plantea las demandas y con que fines. Lo que si queda claro es que el pueblo miskito no tiene ningún porvenir si el proceso contrarrevolucionario avanza. Sería víctima una vez más del imperialismo norteamericano y del neocolonialismo que borra cualquier especificidad étnica. El proceso de liberación nacional de Nicaragua es el único espacio posible para que el pueblo miskito pueda asegurar sus reivindicaciones étnicas justas y válidas.